



VII

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Abogado.

Advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum.
Tenemos por abogado con el Padre, á Jesucristo.
I JOAN. II, 1.

1. Si el hombre no tuviera motivos suficientes para humillarse profundamente, bastábale el pensamiento de que necesita de otro ser. Suponed un individuo que no tenga apoyo en ningún semejante, ó bien que no esté en disposición de valerse de él para cubrir sus perentorias indigencias, ó para llevar á feliz término sus ideas; ¡qué desdichado! exclamaréis. Ese individuo podrá tener elevados pensamientos, atrevidos proyectos, mas nunca podrá ver con satisfacción el resultado de los mismos. Imaginad por el contrario, á otra persona gozando de una grande protección, de una poderosa influencia, y notaréis que si antes su ánimo estaba abatido por la adversidad, se levanta ahora ufano, cual flor que, marchitada por las sombras de la noche, abre su cáliz al ser herida de los rayos del sol. El hombre, en efecto, no se basta á sí mismo; para él vale tanto el apoyo y la protección como la vida, ya que ésta sin aquéllos tiene menos de vida que de muerte; en este caso la melancolía y hasta la desesperación le rodearían por todas partes.

2. Podréis adivinar ya cuál será el firme apoyo moral á que me refiero. Un ser que se interese eficazmente por otro y que esté dispuesto á oírle y á librarle de sus graves apuros: he aquí el firme apoyo, he aquí la valiosa influencia. Mas, si al ciudadano le es indispensable este favor de parte de sus semejantes, al cristiano le precisa un Ser que le corresponda, que conozca á fondo su esencia, su vida íntima y que pueda llenar plausiblemente sus elevadas aspiraciones. El Verbo divino, por quien fueron hechas todas las cosas, es el Ser llamado para este elevado fin, y nadie como Él puede interesarse tanto por el hombre, porque nadie se interesa tanto por las obras como su mismo autor. Ved, pues, al Verbo del Padre conservar en todos momentos sus hermosas producciones; vedle cómo las libra de las terribles hecatombes que tuvieron lugar en la sucesión de los siglos; vedle mantener en toda su integridad á la especie humana que, aun cuando muy digna del olvido de su Autor, por haber desobedecido un precepto suyo, no obstante la perdona temporalmente, y le promete un Redentor para que le salve en la eternidad, y se humilla á conversar con ella, y la traza nuevos y claros horizontes por donde deba caminar, y la cede países que manan leche y miel, y la enriquece con frutos, con ganados, con ejército y comodidades, y desea se multiplique y forme un pueblo inmenso y fuerte á quien teman las naciones; vedle, finalmente, llevado del intenso amor que profesa al hombre, asociarse á su naturaleza y constituirse su protector, su defensor, su abogado; y en prueba de ello trabaja, sufre y muere por el hombre; le defiende de las iras de los elementos, le libra de las acechanzas de los hombres y le ampara bajo su divino manto.

Contemplad, pues, á Jesucristo, Hijo de Dios, convertido en abogado de los hombres. Tenemos por abogado con el Padre á Jesucristo, dice S. Pablo; y Jesús vive y vive para siempre: luego hoy, y particularmente en la Sagrada Eucaristía, donde continúa sus redentores ministerios, es nuestro poderoso abogado. Todos sabemos cuáles son los actos

que un abogado ejerce á favor de su defendido. Practica el oficio de intercesor; por eso estudiaremos en la primera parte que *Jesucristo, en el Sacramento, intercede por nosotros*. Defiende la causa ante el juez respectivo; de ahí que nos ocupemos en la 2.^a parte que *Jesucristo Sacramentado defiende nuestra causa ante su Padre*. Con razones sólidas y vehementes frases procura salvar al cliente; y en atención á este punto trataré en la parte 3.^a que *es tan eficaz la defensa hecha por Jesucristo Sacramentado que nos salva*.

§. I.

3. Es un hecho que Jesucristo en la divina Eucaristía perpetúa los benéficos frutos de su Encarnación y Redención; en estos misterios, Jesucristo adquirió sus infinitos méritos, pero los almacenó, si la frase me es permitida, en el Santísimo Sacramento. En Él depositó sus bienes todos, reunió todos sus méritos, juntó sus virtudes todas; y á la manera que, fundidos en el disco del sol su fuego, su luz, su fuerza y su belleza, el astro del día los arroja dadivosamente sobre la tierra para comunicarla sus excelentes propiedades, de la misma manera Jesucristo fundió las grandezas inenarrables de su Divino Ser en el Misterio del amor, en ese bello disco eucarístico, y de Él se vale, y de su poderosa influencia se arbitra para comunicar sus divinas propiedades á los hombres. ¡Pensamiento feliz, idea sublime, si es que todos los pensamientos é ideas de Jesucristo no son felices, no son sublimes!

4. Al extender, pues, de esta manera los ópimos frutos de la Encarnación y Redención, al infundir sus eminentes gracias por medio de la S. Eucaristía, positivo es que Jesucristo, mediante este alto Misterio, intercede por nosotros. Pero ¿cómo y para qué intercede? me preguntaréis. Atended; el Salvador ruega á su Padre para que nos envíe toda suerte de bendiciones celestiales y temporal prosperidad, para que obtengamos la felicidad propia de los hijos de Dios, que consiste en la paz del corazón. Fijaos

en esa Hostia inmaculada, contemplad á Jesús por medio de la fe, y oiréis cómo no cesa de repetirnos lo que á sus queridos apóstoles: Yo rogaré por vosotros al Padre para que os envíe el Espíritu consolador. Volved á mirarle y notaréis que de esa silenciosa boca, al parecer, dirigiéndose á su Genitor, dice con férvido anhelo: «Yo ruego por ellos... para que los preserves del mal... para que los santifiques con tu verdad... para que sean unos en caridad, como lo somos nosotros dos por naturaleza... para que los salves y lleguen á gozar del eterno lugar donde yo estoy (1).» Y ¿qué oración no hará Jesús sacramentado por nosotros? Creemos por ventura que bastaban estos ruegos proferidos en la noche de la Cena? Él nos ha enseñado á orar sin intermisión; y qué, ¿no lo hará Jesucristo por nosotros, siendo nuestro ejemplar modelo, y sabiendo que diariamente necesitamos nuevas gracias á fin de sostenernos en la práctica del bien?

5. Pero Jesucristo Sacramentado intercede asimismo por nosotros, solicitando con particularidad que sean remedadas nuestras mayores indigencias y oídas nuestras fervorosas súplicas. ¿Quién nos condenará, exclama el Apóstol, si Cristo intercede realmente por nosotros (2)? Jesucristo recomienda ciertamente nuestra salvación al Padre, no humildemente y en forma suplicante, como antes lo ejecutaba, mientras peregrinaba por la tierra, sino que, estando ahora glorioso, y siendo igual á Él en poderío, le manifiesta como á un igual el deseo de nuestra salvación (3). Y con efecto lo consigue para con aquéllos que quiere ó que le aman con verdad. ¿No recordáis lo que hizo Abraham en favor de las ciudades nefandas, y cómo el Señor le otorgó cuanto le pedía hasta poder salvar á Lot y á su familia (4)? ¿Ignoráis, acaso, que mientras Josué peleaba con los amalecitas, Moisés tenía los brazos abiertos solicitando de Dios la victoria; y que mientras se mantenía en esta posición ganaban los hebreos, siendo así que cuando bajaba los brazos con-

(1) Joan., XVII.

(2) Ad Rom. VIII, 34.

(3) P. Calmet, coment. sup. Rom. VIII, 34.

(4) Genes. XVIII.

seguía la victoria el enemigo (1)? Habéis olvidado que al irritarse justamente el Señor contra el pueblo de Israel, porque se había prosternado ante los ídolos, é intentando exterminar á todos los idólatras, pónese Moisés en medio del pueblo y exige de Dios que perdone á los reos ó que borre á él del Libro de la vida (2)? Todo esto á la verdad, ejecuta el Salvador en el amoroso Misterio del Altar. Jesucristo pide cinco y más veces á su eterno Padre que no extermine á los malos por causa de los buenos, y su Padre se lo concede. Jesucristo se conserva más tiempo que el caudillo de Israel con los brazos abiertos en el Sacrificio de la Misa, solicitando la victoria de los justos contra sus enemigos, si es para bien de los mismos, y lo consigue. Jesucristo, antes que abandonar á sus hermanos, ha llegado á lo que jamás llegó el libertador de los hebreos, pues fué proscrito por su Padre y murió afrentosamente en un madero. ¿Qué no hará en el Sacramento del amor por sus amados? Jesucristo presenta en todo momento á su Genitor los propios méritos y su Sangre infinita; y para realzar, para consolidar sus razones le muestra el Sacramento eucarístico, donde Él mismo se ha reducido á la más estrecha prisión. ¡Ah! si el Salvador se halla á la diestra del Padre y si encarcelado está en el Sagrario, lo efectúa para interceder por los hombres (3).

6. También Jesús en el Sacramento intercede por nosotros, ofreciendo á su Padre nuestras particulares oraciones y las generales de la Iglesia á fin de conseguir la remisión de nuestros pecados. Enseña el Concilio Tridentino (4) que la Santa Misa se ofrece para remediar muchas necesidades; y ¿qué necesidad tan grande como la que Dios oiga nuestras fundadas súplicas y las despache favorablemente? Jesucristo se inmola incruentamente en la Santa Misa, y en esta sublime Acción presenta á su Padre las plegarias de sus hijos; y si en el sacrificio de la Cruz presentó la oración del

(1) Exod. XVII.

(2) Exod. XXXII.

(3) Heb. VII, 25.

(4) Sess. 23.

buen ladrón, ¿cómo no patentizará las de los fieles asociados al espíritu de la Iglesia, siendo así que la Misa es una continuación real de la crucifixión del Señor, y, como asegura el Tridentino, su virtud saludable se aplica por la remisión de aquellos pecados que cada día cometemos (1)? Pero hay más todavía. Jesucristo sacramentado escucha solícito nuestros ruegos y los representa á su Genitor á fin de que los despache cumplidamente, con particularidad los que se dirigen á obtener el perdón de los pecados; por eso, no sin motivo, dice: «Pedid y recibiréis; llamad y se os abrirá; buscad y encontraréis, porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama le abren;» por eso, no sin causa, vieron algunos santos á Jesús en el Sacramento con entrañables deseos de que los fieles acudiesen á pedirle mercedes; por eso, finalmente, no es de extrañar que el Apóstol, refiriéndose expresamente al Sacrificio de la Eucaristía, diga tres veces que Jesús es mediador, es abogado de un Testamento mejor que el Antiguo (2).

§. II.

7. Repetidas veces la sagrada Escritura presenta á Satanás como á terrible adversario nuestro, y al propio tiempo como á pertinaz acusador de nuestras faltas ante el Tribunal Divino; pero asimismo nos revela á Jesucristo que, tomando el oneroso cargo de abogado nuestro, rechaza y desbarata las astucias del infernal enemigo. La sublime tragedia del santo Job es suficiente para convencernos de estas grandes verdades. Mirad cómo el Señor, reconocido á los finos obsequios de aquel siervo suyo, declara que éste es hombre sencillo y recto, que se aparta del mal y que no hay en toda la tierra hombre semejante á él; pero Luzbel, envidioso de su felicidad y de la amistad estrecha que con el Ser supremo gozaba, comienza por acusarle de este modo: —¿Por ventura Job teme á Dios de balde? Extiende tu mano sobre él, dice al Señor, y verás si te bendice.—Con efec-

(1) Sess. 23.

(2) Heb. VII, 24 y 25.

to, el Eterno permite que Satanás desencadene sus furias contra todos los bienes que Job poseía, y en pocas horas perecen violentamente los bueyes y asnos, tres mil camellos, siete mil ovejas y diez hijos y criados pertenecientes al rico patrimonio del santo; y, después que todas estas horribles desgracias hubiese soportado con la más perfecta resignación, vuelve de nuevo el diablo á presentarse ante Dios y á denunciar á su siervo, de esta manera:—No es mucho haber perdido los bienes con tal de conservar sano el cuerpo, mas extiende tu mano sobre el de Job y verás como te maldice.—El Señor permite que su siervo aparezca cubierto de una asquerosísima llaga, que cubría todo su cuerpo; mas Job con suma paciencia se raía la podre que de ella manaba con un casco de teja, y bendecía á su Criador. Ved, pues, á la infernal serpiente constituida en acusadora de los hombres, particularmente de los justos; pero considerad, asimismo, á Jesucristo que aboga por ellos, defendiendo su causa ante el tribunal de su Padre; y en confirmación de esto enseña el discípulo amado que, si Satán, denunciador de nuestros hermanos, fué derribado para siempre del cielo, se debió á la poderosa intercesión de la sangre del Cordero (1), á la mediación de Jesucristo.

8. Á la verdad; uno es el medianero entre Dios y los hombres, dice S. Pablo, á saber: Jesucristo (2), á quien (3) Dios puso para propiciación de los pecados, no sólo nuestros sino de todo el mundo. Jesucristo es el único á quien el Padre Eterno constituyó por reconciliador de todas las cosas, pacificando por la sangre que derramó en el Gólgota tanto lo que existe en la tierra como lo que hay en el cielo (4). Por Jesucristo, ciertamente, tenemos entrada á la gracia de Dios (5). Así se expresa el Apóstol acerca de la abogacía del Redentor. Fijad, ahora, vuestra vista en Jesús Sacramentado: está colocado entre el Padre celestial y nos-

(1) Apoc. XII.

(2) I Timoth. VI. 5.

(3) Rom. III, 25.

(4) Coloss. I, 20.

(5) Rom. V, 2.

otros; es el centro á donde concurre la Omnipotencia para dispensar mercedes y la desvalida humanidad para solicitarlas. De ese círculo preciosísimo de la Eucaristía parten dos prodigiosas columnas de fuego, veladas por la nube de la fe, una que se dirige al cielo de donde recibe la vida, y otra que se encamina hacia los hombres á quienes otorga esa misma vida y les inflama en el amor de Jesucristo. Por manera que el hombre, si quiere algo en orden á su salvación, si pretende conseguir el único negocio positivo, tiene que acudir precisamente á Jesucristo Sacramentado para exponerle las propias necesidades, las propias quejas, á fin de que el Hombre-Dios interceda por él y le ponga en el camino de la felicidad, en el sendero del cielo.

9. Si Jesús es la verdad y el camino para ir al Padre; si nadie absolutamente puede llegarse á la primera Persona divina sino es por Jesucristo (1), ¿quién podrá eximirse de la mediación de Nuestro Señor? Esa mediación consoladora nos es además necesaria, considerada desde el punto de vista que se quiera; y si algo somos, y si algo valemos, y si podemos sostenernos en la justicia, lo es por el Sacrificio de la Cruz; mas también es cierto que mediante el Sacrificio de la Misa se nos aplican los méritos del de la Cruz, puesto que en esta cruenta oblación las gracias están como en arsenal depositadas, mientras que por la Oblación incruenta se nos reparten esas propias mercedes. La Santa Eucaristía es, pues, nuestra Mediación. Jesucristo Sacramentado, nuestro hábil abogado.

§. III.

10. La defensa, empero, ejecutada por Jesucristo Sacramentado es tan eficaz que nos salva.

En efecto; la razón que S. Pablo aduce para asegurar que Jesús puede salvar perpetuamente á los que por Él se acercan á Dios es que posee un sacerdocio eterno (2).—Tú eres sacerdote eternamente,—dijo el vate coronado. No digamos

(1) Joan. XIX, 6.

(2) Heb. VII, 24 y 25.

una palabra de que, á excepción de Jesucristo, no existe otro nombre debajo del cielo por el cual nos convenga ser salvos (1), porque esta doctrina la señalé anteriormente; en lo que sí insistió es que nuestra salvación se debe al sacerdocio eterno de Jesucristo, y que si Jesucristo es sacerdote visiblemente eterno, lo es mediante el Sacrificio del Altar; luego podemos afirmar que si nos salvamos ha de ser por medio de la Santa Eucaristía, debido á la brillante defensa que en favor nuestro practique Jesús Sacramentado.

Á la verdad; sin la mediación de Jesucristo no hay salvación posible; pero una mediación semejante la encontramos cifrada en el augusto Sacrificio de nuestros altares. Autores hay que afirman que la intercesión ó mediación de que nos ocupamos, no la practica el Salvador ante su Padre con palabras verbales y expresas, sino mediante el ofrecimiento de sus méritos, particularmente de su Divino Cuerpo llagado, entre éstos se hallan S. Gregorio (2), Ruperto (3) y Sto. Tomás (4). Otros con el Nacianceno (5) y Agustino (6) aseguran que Jesús ora é intercede ante su Padre con palabras expresas, del propio modo que oraba al peregrinar por el mundo; pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que de ambos modos, infaliblemente del modo primero, aboga en el Sacrificio de la Misa, y en él, Jesucristo ostenta á su Eterno Genitor su sangre y sus méritos, de la misma manera que lo verifica desde el cielo.

II. Para que tenga completo realce el asunto que estamos ventilando, debemos trasladarnos por unos momentos á la antigüedad cristiana, que tan bien supo traducir por medio del pincel y del buril sus profundos conocimientos sobre el dogma católico. En un sarcófago del Vaticano se distingue perfectamente en bajo relieve á los niños Ananías, Misael y Azarías hundidos en medio de las llamas del horno

- (1) Act. IV, 12.
 (2) Lib. 22 Moral. cap. 22.
 (3) Lib. 9 de Divinis officiis.
 (4) Id.
 (5) Orat. 4 de Teolog.
 (6) In Ps. XXIX.

babilónico. Están de pie, con los brazos extendidos en actitud de orar; llevan cubierta la cabeza con el gorro frigio y van vestidos con la túnica y clámide, según se describe en el libro sagrado de Daniel (1). Pero la circunstancia notable, que no se descubre por lo general en los monumentos similares de las catacumbas, y que es nuestro punto importante, consiste en un personaje que está de pie, fuera del horno, vestido con la túnica y el manto, que ostenta en la mano izquierda un volumen enrollado, y eleva la derecha en actitud de bendecir y animar á los tres jóvenes hebreos. El texto sagrado, al ocuparse de este conmovedor pasaje, asegura que el ángel del Señor bajó al horno; y podríase, en vista de esta aseveración dudar de si el personaje de referencia sería el ángel aludido; mas Nabucodonosor afirma que con aquellas sus tres víctimas veía un hombre semejante al Hijo de Dios. ¿Es, acaso, el personaje en cuestión el Hijo de Dios Padre? Todas las conjeturas más fundadas conviéndose para responder en sentido afirmativo, ya que el personaje á que me refiero lleva en la mano el volumen enrollado, el cual no es atributo de ningún ángel; y los mejores testimonios del siglo IV, juntamente con el laureado vate Prudencio, quien lo afirma dos veces, se declaran por esto mismo. Del siglo V es un marfil, con el propio objeto, y el personaje á que me refiero está alado, y extiende una cruz sobre las llamas para apagarlas, lo cual viene sin duda á apoyar la afirmación anterior.

He aquí, pues, en toda su gran realidad y bello esplendor el ministerio de Abogado y medianero que Jesucristo ejerce desde la Santa Eucaristía. Los tres niños del horno figuran á los cristianos que, arrojados en medio del mar de las acechanzas del mundo, y de las ardientes llamas de la carne y de las tentaciones luciferianas, estamos sin embargo, de pie, tranquilos, alegres y sin ser devorados por dichos incendios, merced al celestial personaje que, puesto también de pie junto al peligro, con la fuerza de su mano

(1) Dani. III, 21.

bendita, nos recrea, nos anima, y nos defiende del voraz elemento. ¡Qué radiante de gloria se muestra en este caso Jesucristo Sacramentado! El bajo relieve descrito no es más que el tipo de los cuadros artísticos que más tarde, debido á la mediación eficaz del Sacramento, concibieran y trazaran los grandes genios del mundo cristiano.

12. Pero, ¿de qué modo nos salva Jesús Sacramentado? En primer lugar nos infunde el espíritu de penitencia. El Tridentino ha dicho que el Sacrificio de nuestros altares concede la gracia y el don de la penitencia. Y á la verdad; si Cristo Señor Nuestro, por el Sacrificio del Calvario nos abrió su Corazón bendito para que mediante los Sacramentos pudiésemos entrar en Él á fin de obtener su gracia santificante y oportunos auxilios para conservarnos en la misma; si lo que deseó por el cruento Sacrificio fué que nos moviésemos á penitencia, otorgándonos al propio tiempo excelentes medios para adquirirla, ¿qué no deseará por el de la Santa Misa, aplicación perfecta del de la Cruz?

Mas con semejante espíritu de penitencia nos conduce al Sacramento de la conciliación. Una vez que el Salvador eucarístico haya concedido la gracia referida, el alma cristiana, efecto de esa misma gracia, de esa suave moción divina, se acerca al Tribunal misericordioso del perdón, donde se lavan las negras manchas de la culpa; entonces, como asegura el Tridentino, el Sacrificio de la S. Misa ha completado la obra de la reconciliación del hombre con Dios (1).

Finalmente, Jesucristo Sacramentado nos salva, aplicándonos todo el mérito de su Pasión sagrada; y ved aquí expresados los tres principales modos que el Hombre-Dios emplea para que sea eficaz su hermosa defensa. ¡Bendita mil veces sea la Santa Eucaristía que tantos y tan grandes bienes nos reporta!

Este Sacramento de amor, efecto de su admirable abogacía, ha salvado prodigiosamente á muchos devotos suyos que solicitaron la gracia de morir bien, el día mismo en que

(1) Sess. 22. cap. 2.º.

fué instituído dicho Misterio. En comprobación de esta verdad, el V. P. franciscano Alonso Borox, que profesaba vehementemente afecto al adorable Sacramento y le pedía morir en Jueves Santo, tuvo la felicidad de ver cumplidas sus fervorosas ansias (1). De lo cual hemos de gozarnos en gran manera, viendo á nuestro Señor que se toma el trabajo de rogar, de interceder por nosotros y de salvarnos. Aprovechémonos de la bondad de Jesucristo Sacramentado; acojámonos á su poderosa virtud, y en todos nuestros pleitos con el averno tomemos á Él por abogado nuestro.

EJEMPLO

Dije que Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar, siendo abogado nuestro, rechaza y desbarata las astucias de Lucifer. El caso que sigue lo pondrá en evidencia. El beato Francisco de Pavía, O. M., se hallaba una vez orando en coro, cuando se sintió horriblemente tentado contra la castidad. El espíritu del mal, para causarle más fuerte impresión, dispuso que se le apareciesen multitud de inhonestas bailarinas, las cuales, colocándose en derredor suyo, empezaron por armarle temibles lazos. En este grave conflicto, el beato acudió presuroso á Jesucristo Sacramentado, quien consoló á su siervo con estas palabras, salidas del fondo del sagrario:—Francisco, soldado de Cristo; pelea constante; no falte tu fe; batalla esforzadamente y vencerás.—Alentado con estas consoladoras frases luchó constantemente el religioso hasta que desapareció el inmundo escuadrón. De nuevo oyó la misma voz que decía:—Francisco, en premio de tu fidelidad y constancia se te concede libre y absoluto dominio sobre las potestades del infierno.—Á partir de este momento nada pudo ya el príncipe de las tinieblas contra el siervo de Dios, antes bien, cuando le armaba alguna tentación era completamente vencido con el auxilio de Jesús Sacramentado.

(1) Crónica Seráfica, p. 7, lib. 1.º, cap. 31.